

La Argentina desconocida, en el camino de los Héroes de Trelew

por Nicolás DOLJANIN

A mediados del año 1977, en Argentina, eran ya muchos los muertos, los presos políticos y los militantes tomados como rehenes y, muchos más, los argentinos que ya no podían siquiera conversar entre sí, por lo menos de ciertos temas, propios de un pasado popular reciente, altamente combativo.

Sin embargo, en aquellos momentos, quizá los más terribles del terrorismo de Estado instaurado el 24 de marzo de 1976— las maestras de algunas escuelas de los arrabales obreros del sur del Gran Buenos Aires— quedaron sorprendidas al ver que los niños, en vez de jugar durante los recreos escolares al viejo juego del policía y el ladrón o poll-ladron, como se le acostumbraba abreviar, ahora jugaban al... militar y al guerrillero, peleándose por figurar en el bando de los ilegales.

De esta manera, en el entramado capilar de lo que luego se llamaría la Argentina desconocida, el niño proletario ataba, sin pensarlo, dos momentos hoy claves para la recomposición de la memoria libertaria de las masas argentinas: ligaba a los malditos del presente burgués del país, con la reivindicación masiva de 16 insurgentes que la anterior dictadura de las Fuerzas Armadas (1966—1973) asesinó en la base naval Almirante Zar de la patagónica ciudad de Trelew. Masacre de la que se cumplen en la fecha nueve años, y por la cual los militares argentinos conocieron el estigma del desprecio popular antes de este último asalto del poder.

La matanza del 22 de agosto de 1972 fue la respuesta dictatorial a un plan de liberación de presos políticos del penal de Rawson que encararon conjuntamente varias organizaciones insurgentes del pueblo argentino por encima de sus distintas concepciones particulares.

Así, aquella tragedia acabó luego por erigirse, sobre todo a partir del inmediato descrédito popular hacia la explicación que la dictadura de Lanusse dio en el símbolo por excelencia de una necesaria unidad y confluencia revolucionarias y en el modo en que las bases populares demostraron su solidaridad acuerdo y participación en una época nodal de las luchas políticas argentinas y en la misma insurgencia.

YA VAN A VER

tener con dogal y bozal a aquel país conosureño, había inaugurado su política educativa obligando, a tres días del golpe de 1976, a que en todas las escuelas nacionales ondeara una bandera inusual allí. Las maestras tuvieron que responder a las inquietantes preguntas de los alumnos que, desde entonces, en cada mástil debía flamear la bandera que se usa habitualmente en los cuarteles, porque lo ordenaron los militares.

Si en el discurso oficial "el país estaba en guerra", no resulta incomprensible el que los niños tomaran su propio bando y prefiriesen jugar a los guerrilleros.

Por otro lado, había detrás, en el pasado reciente, un fenómeno histórico inédito en Argentina, por lo menos desde el período anarco-sindicalista de la clase obrera— por el cual la militancia política y la práctica comprometida de una ideología alternativa fueron un hecho colectivo, que encontró en los Héroes de Trelew su más alta identidad y a la vez dio a luz a todo un sistema nuevo de relaciones políticas internas en el campo popular.

Cuando se conocieron los testimonios de los tres sobrevivientes de esta segunda masacre patagónica— la anterior se produjo bajo el gobierno radical de Irigoyen sobre el movimiento de los peones rurales en los 20, hasta exterminarlo lo que nadie había creído de las mentiras lanussistas, se transformó, por obra y gracia de la voluntad de poder popu-

lar en bandera de lucha propia del 73 en adelante.

Los caídos en aquella vergonzosa represión— a los sobrevivientes aparentemente se les dio muerte a todos bajo la actual dictadura Viola—Videla— y la consigna "¡Ya van a ver, ya van a ver, cuando vengamos a los muertos de Trelew!", se hicieron presentes en las multitudinarias movilizaciones mediante las que un año después se los recordó; las masas, por su parte, habían sufrido el 20 de junio de 1973 su propio Trelew en la llanura de Ezeiza aunque esta vez en el seno del movimiento policlasista que devolvió a Perón de sus 18 años de exilio, razón por la que se fue volviendo cuestionado en el mismo seno del pueblo, el tipo de representatividad del actual Justicialismo.

Una representatividad que, mientras los 16 muertos de la segunda Patagonia Rebelde (los primeros en desenmascarar la farsa leída por un amanuense de Lanusse en la TV fueron los propios habitantes de Trelew pasaron a identificar colectivamente a los nuevos malditos del país lastrado en el pasado— aquella secular representatividad popular, ha ido quebrando lazos con sus representados ahogada en las contradicciones irresolubles del sistema capitalista dependiente, más allá de los residuos efectivos con los que intenta actualmente una diferencia política respecto al marasmo de la dictadura, en medio de un proceso de crisis general de representatividad de todos los partidos políticos tradicionales.

ADELANTE, TODOS LOS DERROTADOS

Desde Espartaco hasta la Comuna de París, desde el Moncada hasta la victoriosa Sierra Maestra, desde los compañeros de Farabundo Martí masacrados en 1932 hasta el jaque actual de la insurgencia salvadoreña a la Junta militar—democrristiana, todos los pueblos que concretan sus anhelos libertarios desentieran a los muertos y en sus banderas a todos los derrotados de su historia, común, al fin y al cabo, a todos los explotados de la tierra.

Ninguno de los asesinos de Trelew, ni de los responsables mediatos de la matanza, compareció alguna vez ante un tribunal estatal en Argentina, pese a que juicios se intentaron varios.

Por los miles de masacrados en Ezeiza nada se dijo en el Parlamento de la época— (Irigoyen por lo menos había tenido que encarar, décadas atrás varias interpelaciones a causa de la primera tragedia patagónica, aunque no respondió a ninguna)— salvo una tibia intervención del diputado radical Perette que no prosperó pese a las innumerables y generalizadas denuncias populares al día siguiente mismo del holocausto del pueblo peronista.

Por eso, cabe hoy la pregunta acerca de qué pasará con los 30 mil detenidos—desaparecidos y los miles de presos y muertos que aducida al pueblo argentino la actual dictadura, hoy reivindicados por muchos de los que durante cinco años guardaron prudente silencio.

Entretanto, la Argentina desconocida de los niños obreros, de sus padres resistentes, de las Madres de Plaza de Mayo— convertidas en una bien precisa identidad política nacional— sigue su curso reiterando la vieja constante de las luchas políticas del país conosureño, la misma que produjo sus propios líderes en octubre de 1945 cuando todos los políticos profesionales se aconsejaban con un embajador estadounidense: la total falta de sincronía entre el tiempo de la política de las clases dominantes y el ritmo con que las masas gestan sus insurrecciones.

Y ahí, Trelew retornará eternamente por legado y por consigna de que con las dictaduras no se dialoga, se las voltea.—